La sangre que brotaba

Diego Vega

La sangre que brotaba

Diego Vega

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
© Diego Vega, 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-57-4
THEMA: FFL - FHR - FV -FK
DEPÓSITO LEGAL: M-4966-2025

A Celestina, mi compañera de la vida,
y a quien le agradezco por impulsarme
a publicar esta obra

1

«Una oleada de suicidios golpea a San José», leía el titular del diario de aquella mañana de finales de octubre de 1936. A Arturo le llamó la atención la inusual noticia, de modo que ignoró el resto de títulos y brincó directo al artículo principal. Cinco personas habían muerto en los últimos seis meses en San José por suicido: el primero, reconocido finquero de Guanacaste, que se había movido a la capital, se había lanzado por el puente de los Anonos sobre el río Virilla

en febrero. El segundo, dueño de un importante restaurante en el centro de la ciudad, se había ahorcado a mediados de abril en la cocina del recinto tras abrir la puerta para que llegaran sus empleados. Le seguía otro finquero que se cortó la garganta frente a su familia en junio, y tan solo un mes después fue hallado, colgado en su habitación, un empresario que se dedicaba a los bienes raíces. El más reciente había ocurrido la tarde anterior, cuando un farmacéutico, quien recién inauguró una nueva cadena de farmacias junto a sus socios, se provocó una sobredosis.

—¿Viste que pavor lo de los suicidios? —Lo interrumpió su asistente mientras se preparaba un café en la mesita al lado del escritorio del detective.

—Justo eso leía, es bastante extraño, ¿no crees? Supongo que eso pasa cuando las ciudades comienzan a crecer.

Entonces sonó la campana de la puerta que anunciaba la llegada de un cliente.

—Ha de ser doña Cecilia —Indicó Arturo.

—Sí, ya iré a revisar —Replicó la chica.

Arturo sacó el reloj del bolsillo derecho de su saco y comprobó que ya eran las ocho de la mañana, hora a la que había quedado en llegar su clienta. Con café en mano, la asistente abrió la puerta y salió a la sala de espera. Habló con otra mujer, y tras un par de minutos estaba de regreso.

—Arturo, doña Cecilia ya se encuentra aquí.

—Que pase. Gracias, Viviana.

La asistente le indicó con la mano que pasara al despacho, y cerró la puerta desde afuera cuando la señora pasó al interior.

—Siéntese, por favor —Le indicó el detective mientras sacaba un archivo de la gaveta de su escritorio.

La mujer se sentó, mostrando un rostro preocupado.

—¿Y bien? Dígame qué fue lo que averiguó. —Le preguntó al detective.

—Su marido no tiene ninguna amante —replicó.

—¿Ah? —Reaccionó Cecilia sin ocultar que se encontraba desconcertada.

-—Sí, él no le miente para ver a una amante, lo que pasa es que frecuenta prostitutas.

Arturo sacó unas fotos de la carpeta y las esparció sobre el escritorio.

Cecilia corrió la silla con impaciencia y hundió sus ojos sobre el conjunto de imágenes, ojos que iniciaron el recorrido por las fotografías con sorpresa y lo terminaron inundados en lágrimas.

—No, no puede ser —decía llorando—. Yo pensaba que estaba aburrido de mí, pero esto sobrepasa todo límite, siento asco…

—Tenga, doña Cecilia. —Le indicó Arturo pasándole un pañuelo—. Esas imágenes son completamente reales, lo lamento.

La mujer hizo una pausa para sonarse la nariz y limpiarse las lágrimas, luego tomó aire mientras su interlocutor la veía en silencio, hasta que reunió fuerzas para volver a hablar.

—¿Hay algún horario específico que tiene Ernesto para ir a los prostíbulos?

—Sí, usualmente va los jueves y los sábados a las nueve de la noche. Le gusta ir a Un Último Sueño de Amor.

Cecilia no dijo nada, y en su lugar sacó dinero de su cartera.

—Aquí están los ciento cincuenta colones que me falta saldarle. Pero le daré el doble si me acompaña a sorprenderlo… temo que su ira salga de control cuando me vea, y no estaría mal que lo golpee para darle una lección.

—Yo no me meto en esas cosas, doña Cecilia. Mi trabajo es solo averiguar la información.

—¿No me podrá referir a unos matones?

—No, como le digo, yo en eso no me meto. Tendría que hacer usted las averiguaciones.

Arturo tomó el dinero y lo guardó en su billetera.

—¿Alguna otra cosa? —Inquirió.

—No, así está bien. Gracias por ayudarme —Repuso Cecilia.

—Estoy a la orden. —Cerró Arturo mientras se ponía de pie, y en seguida la acompaño a la salida.

Viviana estudió el rostro lloroso de Cecilia en silencio, y le intentó sonreír con calidez mientras se despedía.

—Para hoy no tenemos más citas agendas, ¿cierto? —Le preguntó Arturo a su asistente.

—No señor, solo esta.

—De acuerdo, volveré a mi despacho. —Indicó.

Arturo se internó en su oficina dejando la puerta abierta a su paso. Una vez sentado, optó por proseguir con su lectura del periódico.

Luego de terminar de leer el diario seguían sin aparecer nuevos clientes, de modo que decidió continuar un libro de criminología que llevaba a medio camino. A fin de cuentas, usualmente no lo visitaban más de dos clientes al día, por lo tanto, no le preocupaba la falta de afluencia. En la tarde pasó a revisar las cuentas bancarias de un comerciante que le habían pedido investigar.

Sin embargo, el reloj marcó las cinco de la tarde, hora a la que acostumbraba a cerrar, y nadie más se había acercado al lugar.

—Yo cierro, no vayas a llegar tarde a casa. —Le indicó Arturo a Viviana.

—Gracias, cuídate. —Le respondió ella, se despidió con un beso en la mejilla y partió en seguida.

Arturo se quedó solo, alistó sus cosas, se puso el saco que se había quitado al mediodía, y de último tomó su sombrero. Cerró con llave la gaveta donde guardaba las carpetas con los casos abiertos, y posteriormente hizo lo mismo con la puerta de su despacho. Le iba a poner llave cuando sonó la campana de la entrada.

El detective se volvió y se encontró a una mujer entrando apresurada.

—Ya cerramos —declaró cortante.

—Disculpe que haya llegado tarde, mi vida anda echa un caos últimamente. Por favor atiéndame, me siento desesperada.

Arturo permaneció pensativo durante unos segundos.

—Bien, pase. —Repuso por fin abriendo de nuevo la puerta de su oficina.

Se sentaron de prisa y la mujer no se hizo esperar.

—Necesito que investigue a un tipo que era socio de mi esposo, por lo menos hasta que mi hombre falleció. No sé cómo lo hace, pero estoy segura de que él está detrás de los suicidios que se han reportado últimamente, usted habrá escuchado el caso. Bueno, lo cierto es que él se ha hecho dueño de propiedades de todas las personas que han muerto por supuesto suicidio. Mi esposo es la última víctima, ayer lo encontré muerto, dijeron que fue una sobredosis, pero él estaba bien, feliz.

—Espere, espere. ¿Usted me está diciendo que el hombre que espera que investigue causó el suicido de toda esa gente?

—No sé si les dijo alguna terrible ofensa que provocó que se suicidaran, o si los asesinó e hizo

parecer que se quitaron la vida por su cuenta, pero estoy segura de que él está detrás de todo.

—¿Cómo se llama el tipo y cuáles son sus pruebas para decir algo tan descabellado? —La increpó.

—Usted verá, bueno, el sujeto que quiero que investigue se llama Gustavo Baltodano Jiménez, es farmacéutico de profesión. Él, mi esposo y otro colega fundaron una sociedad hace un año, con la idea de iniciar una nueva cadena de farmacias en el país. El otro colega, Pablo Guzmán Rojas, murió hace un mes, y dijeron que fue un ataque al corazón. Pero yo temo que se haya tomado un veneno, ¿sabe que algunos venenos no dejan rastro en la sangre?

—Algo he escuchado.

—Bueno, ellos estudiaron farmacia y lo sabían muy bien. Lo cierto es que Gustavo estuvo presionando a Ana, la esposa de Pablo, para que le traspasara las acciones que eran de su marido, y no sé qué pasó porque ella cedió y ya no quiere hablar conmigo. Bueno, para no cansarlo, mi